

Las piernas

Guillermo O'Donnell

Mi obsesión por las piernas comenzó aquel día en que viajaba en la parte trasera de la camioneta. Tendría yo unos seis años. Hacíamos un trayecto largo por el páramo y el frío nos invadía a todos. Mi padre llevaba varias horas al volante, y a pesar de que mi curiosidad por ver las cosas en la carretera aumentaba, el cansancio me dominó. Entonces mi padre y mi hermano decidieron pasarme a la parte de atrás, donde se acomodaba una tía mía. Íbamos a los Andes a pasar unos días de vacaciones.

Yo no tenía dónde acurrucarme con tanto frío, y entonces mi tía comenzó a arroparme con las cobijas y a acariciarme tiernamente el cabello. No había almohadas; yo me hacía casi un nudo con el aire helado, y mi tía, que era como una diosa blanca, pero real y consistente, con un pelo rizado y unos pechos grandes, me ofreció sus piernas como almohada. Yo me recosté con inocencia, y en cuanto sentí el roce de esa piel en la cara, algo ocurrió dentro de mis poros. El contacto de esa suavidad nunca lo había experimentado. No sabía que el contacto de una superficie pudiera ser tan suave y fragante. Cuando me daba vueltas para posar la otra mejilla, todo aquello despedía un olor diferente cada vez. Por los muslos olía distinto a las rodillas; cuando la falda se iba hacia arriba podía ver los bordes del *blumer*, y un olor denso emanaba de aquel centro. No había sentido un olor así,

un olor a fruta profundo, misterioso, que yo no lograba descifrar. En la medida en que pude coloqué mis labios, mi nariz, mis párpados, mis orejas, entre aquellos muslos sedosos, entre aquella tersura de pelillos que se quedaban adheridos a una conciencia naciente, en estado germinativo, produciéndome una palpitación extrema. Me sentí tan estremecido que apenas podía moverme, y cuando nos detuvimos en algún lugar de la carretera a tomar algo y ella quitó sus piernas de mi cara dándome unas palmadas para despertarme de mi sueño fingido, yo pensé, en ese instante, que había perdido el paraíso.

La imagen del mundo vivo, real, cambiante, se la debo al primer contacto de aquellas piernas. En adelante mi vida se iba a convertir — con muy escasas excepciones — en la búsqueda inconsciente de un jardín de delicias oculto bajo el movimiento de telas, velado por las prendas íntimas y amparado por el fetichismo visual.

Cuando caí enamorado de mi profesora de biología en el cuarto año, también las situaciones estuvieron ligadas a aquel efecto infinito de apetito carnal. Claro, yo estaba enamorado de la belleza toda de mi profesora, de su cara, de sus ojos grandes y grisáceos, y de aquellas cejas espesas, de aquella nariz perfiladita y de aquella boca, ¡ah!, aquella boca apetitosa siempre pintada de rosado tenue, de donde salía una voz susurrante, cálida, que me envolvía en un solo hechizo; de aquel cabello recogido atrás que dejaba ver todo el esplendor de su cuello; de su cuerpo perfectamente moldeado. Para entonces, ya estaba yo cargado de suficiente malicia como para imaginarme la belleza de sus nalgas y la perfecta redondez de sus senos, imaginarme qué textura y color tendrían sus pezones.

Pero el punto máximo llegaba en cuanto le veía sentarse en el cafetín. Usaba vestidos apretaditos justo hasta las rodillas, y cuando se sentaba, el vestido se le iba subiendo. Entonces las piernas iban abriéndose un poco, hasta que alcanzaba a verse el lado claro, donde nace o termina el muslo, según como se lo mire. Si nace de la rodilla hacia arriba, el muslo se va volviendo más grueso y macizo; si nace de arriba hacia abajo, basta imaginarse cuánta carne espesa se derrama hacia abajo y hacia los lados, hacia el pubis o las nalgas. Yo me quedaba todo el rato espionando sus piernas, mientras ella se sentaba a tomar algo, y una vez hasta llegué (con la excusa de que me aclarara las funciones de los leucocitos) a sentarme a su lado a mirar aquellas piernas deslumbrantes, blancas, frescas, que me producían tantos mareos.

Cuando me cansé de practicar el onanismo me decidí, más grandecito ya, a ir a una casa de citas, un burdel muy bien decorado que tenía el compadre de un tío mío en las afueras. La segunda vez que me enamoré de verdad de una muchacha dos años mayor que yo —ante quien yo parecía un verdadero mocoso— no podía por nada de este mundo desnudarse para mí, y la verdad es que sus piernas no me gustaban. Además, tenía las nalgas como aplanchadas, y los vestidos no le lucían por la parte de atrás.

Y llegó el día crucial en que hube de enfrentarme a una mujer desnuda, a una prostituta también mayor que yo, gastada y triste, pero bella y con un aire misterioso que a mí me hechizaba. Su cuerpo, a primera vista, no tenía mucha gracia. Ella se zambullía en conversaciones políticas o intelectuales con algunos clientes. Creo que había querido ser pintora, después decoradora o montar una tienda de ropa, pero todo le fracasó.

Animado por unos tragos saqué valor para acercármele y pedirle que viniera conmigo a la cama (la palabra cama me ponía los pelos de punta); me miró con tanta fuerza y extrañeza, que de veras me sentí humillado. Entonces la saqué a bailar y se negó. Me devolví a mi mesa a beberme dos cubalibres seguidas, y al cabo de unos veinte minutos fui sorprendido cuando alguien tocó mi espalda. Era ella, que había cambiado de idea. Bailando y teniéndola entre mis brazos, le volví a pedir que se acostara conmigo, confirmando que tenía lo suficiente para pagarle bien. Me sonrió con un gesto de cansancio, un gesto que ya hablaba por sí mismo de haber tenido una experiencia similar, antes, tantas veces. Pero aceptó.

Nunca podré olvidar aquella habitación hedionda a tiempo detenido, a talco rancio y pintura de uñas. La decoración estaba hecha con trozos de revistas norteamericanas a todo color, donde en las fotos aparecían carros de líneas aerodinámicas, platos con fabulosas comidas, paisajes de mares y montañas y mujeres desnudas. En algunas, en las pornográficas, se podía ver cómo un hombre se apareaba a una mujer, y en otras fotos pequeñas se observaban orgías, montones de hombres y mujeres gozándose en las más diversas posiciones, erigiendo una pila de carne humana, en donde no podía diferenciarse claramente ninguna parte de los cuerpos.

Debo confesar que sentí miedo. Aquella mujer experimentada, melancólica, de mirada inteligente, estaba en el baño desnudándose

para mí. Yo ni siquiera me había atrevido a quitarme la camisa. Mi corazón parecía una bolsa de plástico a punto de reventar por el exceso de aire. Ella salió luciendo un conjunto interior negro, con sus respectivos ligueros. Nunca había visto unos ligueros tan bien puestos. Mirarlos cubriendo parte de las piernas produjo en mí la más grande emoción. Precioso, era precioso todo aquello. Tuve de nuevo los mareos y me acerqué a la cama. Me desabotoné la camisa; sentí sus rodillas en el colchón; ella terminó de quitármela, y luego sentí que sus manos me acariciaban la espalda. Me dio un beso untado de saliva: un frío cálido se fue desplazando desde los músculos de la espalda, siguió por la columna y me alcanzó las piernas y el pene. Me tendí hacia atrás y vi sus senos en perspectiva: mi cabeza había caído justo entre sus piernas, y los ligueros me rozaban las orejas.

Me di vuelta y comencé a besar aquella piel, a sentir los vellos, la caricia aduraznada de la carne ofrecida. Lamí, mordí, saboreé. Tocaba la suavidad del tejido transparente de las medias, lo rasgaba suavemente con mis pocas uñas, lo pellizcaba, lo volvía a oler. La despojé de las pantaletas sin quitarle los ligueros: tenía un culo tan rotundamente hermoso que no sabía cómo comparar la belleza de mis favoritas con aquél. En algún momento ella me lo ofreció; yo lo besé y atraje con mis manos, pero no dudé ni un momento en preferir la penetración frontal. No fue fácil. Yo estaba tan emocionado que mi miembro solía tomar el aspecto de un badajo flácido, de un músculo atrofiado. Pero ella lo indujo con sus manos maestras a las puertas del paraíso. Yo traspasé esas puertas con una potencia que nunca hubiese podido imaginar; en medio de su melancolía ella sacaba alegría para celebrar, con algunos chistes, mi ímpetu insaciable.

-Ven, mi toro joven, embísteme.

Y yo le agradecía a Dios el haberme dado la vida.

Luego fue con mi esposa. Mi fijación con sus piernas llegó a extremos sorprendentes, hasta el punto de que yo le seleccionaba las faldas y vestidos en las tiendas. En una época en que la minifalda estuvo de moda, la hice estrenar los colores y modelos más sofisticados. Me excitaba ver cómo sus piernas excitaban a otros hombres. La obligaba a llevar minifaldas sin nada debajo y cosas por el estilo, o la presionaba para que alternara en la playa las diminutas *tangas* con *shorts* que entraran un poco dentro de las nalgas o dejaran ver algunos pelitos adelante.

Poco a poco las otras partes de su cuerpo se me fueron borrando: su cara y el resto de su cuerpo, hasta que un día la olvidé por completo. Pero sus piernas, a medida que iban madurando, se iban volviendo más perfectas. Yo las cuidaba. Les untaba cremas para evitar várices, celulitis y otras formaciones adiposas. Algo que me mata de un buen par de piernas es cuando saben cruzarse, cuando el muslo de arriba se aplasta un poco contra el muslo de abajo y parece más grande, jugoso y apetecible, como sabía hacerlo mi mujer por entonces.

Un día ella me dejó. Se marchó con un hombre rico a otro país. Por suerte, no tuvimos hijos; una suerte rara, digo yo, porque ahora estoy viejo y solo.

Para que mi obsesión no se tornara más enfermiza, ya no iba con frecuencia a playas o piscinas: prefería ver la piernas en revistas, cine o televisión. En cine y televisión es peor, pues los cuerpos de las mujeres crecen y parecen más tersos y sus piernas más divinas, suaves e inalcanzables, y luego te invaden la mente y te torturan. Acudí a analistas, a terapeutas de todo tipo. Estos tratamientos con psiquiatras dieron algún resultado. Poco a poco me fui aliviando; me ocupé de mi trabajo de llevar la contabilidad en el Ministerio de Hacienda, y de otras asesorías a empresas financieras privadas, con lo cual conseguí ahorrar algún dinero. Después comí, bebí y viajé cuanto pude, pero mi obsesión por la piernas no desapareció.

Hace días, venía en el Metro. Al entrar al vagón vi una diosa sentada, metida en su minifalda. Nunca vi unas piernas de ese calibre. Era trigüeña ella, como sus piernas, una perfecta escultura de un color de piel dorado y de un torneado de muslos casi irreal. El corazón comenzó a latirme insoportablemente. Cuando salió del vagón en la estación de Chacaíto, la seguí como un autómatas. Le dije unos cuantos piropos en el camino. Ella sonrió. La invité a comer, pero ella se negó. Insistí. Ella no me despreciaba propiamente, pero tampoco parecía muy entusiasmada con mis invitaciones. Todo fue muy rápido. De la intranquilidad, fui pasando a un nerviosismo crudo, casi vulgar. Me puse incoherente, me angustié. Le inventé historias absurdas, de donde salían todo tipo de incongruencias.

-Tú me recuerdas a *La consagración de la primavera*, de Boticelli.

-No seas tonto, así no se llama ese cuadro, se llama *El nacimiento de Venus*.

Desastre completo. Tratando de parecer culto y vengo a meter la

pata de ese modo. Bajamos las escaleras mecánicas. Yo no cesaba de hablarle y de tratar de convencerla.

-Sólo es un almuerzo, un simple almuerzo.

-Te he dicho que no.

-Bueno, escoge tú el día y el lugar.

-Es increíble cómo insistes. Lo lamento.

-No puedes hacerme esto, Venus.

Cuando le dije Venus reaccionó. Me miró por primera vez directamente, inspeccionándome con sus ojos pardos y pintados. Al llegar abajo, al final de las escaleras mecánicas, subió por las otras escaleras situadas al lado, con el fin de despistarme. Seguramente percibió mi desesperación. Poco a poco el nivel de su cuerpo comenzó a ascender y mi escalón mecánico, situado más abajo, me permitió tener su precioso culo justo al nivel de mi cara. No resistí. La agarré por los muslos y comencé a besar sus nalgas con fruición. Ella se resistió, se dio vueltas para zafarse, pero entonces la agarré mejor para besarle las piernas, y fue cuando ella me dio duro con la rodilla en la quijada, hasta derribarme. Las escaleras me hicieron subir aturdido, y por poco me engullen. Cuando llegué arriba me estaban esperando unos guardias del Metro, quienes me detuvieron inmediatamente. Ella me había denunciado. Traté de librarme de ellos, pero luego acudieron otros que llamaron a la policía y me llevaron a la comisaría. Allí fui acusado de intento de violación.

Ahora estoy tras estas rejas, esperando a mi abogado. Pero me dicen que no podré salir —sea culpable o inocente— antes de las 48 horas. Aprovecharé este tiempo para pensar. Para pensar en la hermosura de las piernas de Venus, quien a estas horas estará en su cuarto quitándose la ropa para dormir; se habrá sentado en la cama y sus piernas divinas lucirán como dos piezas de escultura en pleno movimiento, en ese movimiento que realizan las mujeres al despojarse de las medias, ese rito exquisito que ejecutan cada noche para conducirnos a la más dulce, a la más pura, a la más sensata de las locuras.